



Boletín Parroquial de Acción Católica



Año II

Granollers, 1.º de Noviembre de 1942

Núm. 18

Hablemos del Templo Parroquial

Los granollerenses de plenos convencimientos católicos y de profunda convicción cristiana, repetidas veces, cuál profeta Jeremías sentado sobre las ruinas del Templo de Jerusalén, han dejado oír este lamento: «El Señor ha desechado su altar, ha maldecido a su Santuario; ha entregado sus murallas y torres en poder de sus enemigos; los cuales han dado voces de júbilo en la Casa del Señor, como solemne fiesta».

El ruidoso clamoreo de los vitores en son de triunfo, cuando la furia de las llamas devoraba la belleza del Templo Parroquial, y el rudo golpe, concienzudo y premeditado, que iba derrumbando su belleza arquitectónica tejida por los bloques de piedra, fueron las voces de júbilo en la Casa del Señor, como solemne fiesta del poder enemigo.

Mas hoy, después de un largo periodo de sentidos lamentos por parte de los unos; de murmuración encubridora por parte de los otros, y de sonrisa silenciosa y refinada por parte de los de más allá, los arcos que se inclinan describiendo la ojiva y las columnas que, cual árbol se levantan de la tierra para, con su ramaje, cubrir la nave, y los muros que recogen las plefarias en el dosel del absis, son las voces de júbilo en la Casa del Señor, como solemne fiesta del fervoroso amante, del verdadero granollerense.

El Templo Parroquial se levanta de día en día, y, de hora en hora, va recogiendo las ansias de los corazones anhelantes de la fecha histórica del solemne Te Deum, y las miradas indiferentes de los espíritus que viven en la frivolidad para dejarlas grabadas en sus paredes en perpétua memoria, como tributo de homenaje o desprecio al Dios, centro al que gravitan todos, ya por el amor, ya por el ultraje,

El que no vibre de entusiasmo ante la magnificencia del futuro Templo; el que no mire con noble orgullo el rápido progreso de la reconstrucción; el que regatee el oro de sus riquezas; el que esconda las arquetas de sus alhajas, es un Templo de Dios en ruinas, puesto que no se concibe un alma, Templo de Dios vivo por la gracia, sin una santa impaciencia y un generoso desprendimiento para la honra de Dios, testimoniada en el sacrificio que, junto con el párroco, deben ofrecer todos los granollerenses en el Altar del Templo Santo, en la Iglesia Parroquial.

JOSE ARANS, Pbro.